

CUADERNOS DE HISTORIA 21

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2001



DEL 'OPTIMISMO' HISTORIOGRÁFICO A LA 'CRISIS' DE LA HISTORIA. NOTAS PARA UN DEBATE EPISTEMOLÓGICO*

Rodrigo Ahumada Durán
Universidad Gabriela Mistral

El siglo XX ha sido una época de una enorme riqueza inteligible y particularmente prolífica para el *conocimiento histórico*. Como es sabido, la consolidación de la historia como saber 'científico', se inicia en gran medida en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente en Alemania y en Francia, con la llamada *historiografía positivista*, y que sería más adecuado llamar *escuela metódica*¹. Sin embargo, es en las primeras décadas del siglo XX, cuando esta

* Una primera versión de este trabajo fue leída en "las XIV Jornadas de Historia de Chile", organizadas por el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Academia Chilena de la Historia en el mes de octubre de 2001. En la presente versión el texto ha sido considerablemente ampliado. Quiero expresar mis sinceros agradecimientos a mi maestro, Dr. Pierre Vayssière, Profesor de l' Université de Toulouse Le Mirail, y a mi amiga y colega, Dra. Sophie Dulucq, M.C. de l' Université de Toulouse le Mirail, por sus valiosas observaciones y correcciones que han enriquecido el presente artículo.

¹ La expresión *école méthodique* como superación de la noción de historiografía positivista tiene sus orígenes intelectuales en el historiador francés Ch.-O. Carbonell. Cf. Charles-Olivier, Carbonell, *Histoire et Historiens. Une mutation idéologique des historiens français. 1865-1885*. Toulouse, Privat, 1976, pp. 409-417. Como ha señalado Guy Bourdé, *es un error que se haya calificado y que todavía se califique a la escuela histórica que se impuso en Francia entre 1880 y 1930, como 'corriente positivista'*. En efecto, la verdadera historia positivista fue definida por L. Bourdeau en L' histoire et les Historiens: essai critique sur l'

disciplina adquiere su plena carta de ciudadanía. En efecto, con el aporte significativo (aunque no exclusivo) de la historiografía francesa, *la historia* ha conocido una profunda renovación tanto en el plano *metodológico* como en el plano *epistemológico*.

Esta metamorfosis ocurrida en el campo de intelección del saber histórico plantea una serie de importantes problemas y desafíos a la epistemología de la historia, sobre todo si se considera que en el curso del siglo XX la historiografía ha pasado de un clima intelectual caracterizado por el *optimismo histórico*, dominante gran parte de la pasada centuria, a un reciente clima caracterizado por una importante dosis de escepticismo y de incertidumbre acerca de la *identidad epistemológica* del saber histórico, desarrollando en un número creciente de historiadores la convicción intelectual de que nos encontramos ante una *crisis de la historia*².

En el presente trabajo nos interesa mostrar la actualidad y relevancia que tiene la *crítica del conocimiento histórico*, sobre todo en el contexto actual de *crisis de identidad* por la cual atraviesa nuestra disciplina. Creemos firmemente que la epistemología de la historia, asumiendo el desarrollo de la historiografía contemporánea, con sus luces y sombras, puede realizar una valiosa contribución al debate actual en torno al *estatuto* del conocimiento histórico. En este sentido, conviene aclarar desde el principio que la *perspectiva formal* desde la cual abordaremos las diversas cuestiones concernientes a *la historia*, no es otra que la de una *filosofía crítica de la historia*³, cuyos fundamentos se encuentran desarrollados en lo fundamental en el pensamiento del historiador y filósofo Henri Irénée Marrou⁴. Se trata de una epistemología de la historia que debe ser entendida primeramente y ante todo como un *realismo crítico*⁵, por oposición al *realismo ingenuo* de la historiografía llamada “positivista”.

histoire considérée comme une science positive, *publicada en 1888. Como buen discípulo de Comte, L. Bourdeau se sitúa en un plano filosófico. Según él, la historia es la 'ciencia de los desarrollos de la razón', y tiene por objeto 'la universalidad de los hechos que la razón dirige o cuya influencia sufre.* Guy Bourdé, Hervé Martin (con la colaboración de Pascal, Basmand), *Las Escuelas Históricas*, Madrid, Akal Universitaria. Traducción al español sobre la segunda edición francesa (1990), 1992, pp. 142 y 143.

² Cf. Gérard Noiriel, *Sur la "crise" de l'histoire*. Paris: Éditions Belin, 1996, pp. 9-46.

³ En el presente trabajo, no obstante los matices que puedan existir, tomamos como equivalentes las nociones de filosofía crítica de la historia, crítica del conocimiento histórico y epistemología de la historia.

⁴ Henri Irénée Marrou. *De la connaissance historique*. Paris: Éditions du Seuil, “Collection Points/Histoire”, version revue et augmentée de la sixième édition, 1975, pp. 7-25.

⁵ La noción de *realismo crítico* la tomamos analógicamente de la obra del filósofo tomista Jacques Maritain, “Distinguer pour Unir ou Les Degrés du Savoir”, en *Oeuvres Complètes*,

Algunas notas sobre la renovación de los estudios históricos en el siglo XX, principalmente en Francia

Como es sabido, con la aparición, en primer lugar, de la *Revue de Synthèse* (1900), fundada y dirigida por el pre-*Annales*, filósofo e historiador francés Henri Berr, y posteriormente a partir de los años 20, con la aparición de la monumental colección dirigida por él, *L'Évolution de l'Humanité*, se dan los primeros pasos a través de los cuales se aspira a superar las tesis *epistemológicas* de 'la escuela metódica'. Esta última tenía como órgano esencial de expresión y divulgación la *Revue Historique*, fundada por G. Monod y G. Faniez en 1876 (no obstante que Faniez renunció a ella por discrepancias religiosas en 1881), y que encontrará en el manual de *metodología de la historia, Introduction aux études historiques*⁶, publicado en 1898, por los historiadores Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, su plena cristalización. Este último texto, como ha señalado acertadamente Guy Bourdé, se constituye en el auténtico *Discurso del Método*⁷, para los historiadores "positivistas".

Ahora bien, no obstante los esfuerzos intelectuales emprendidos por Henri Berr, la *renovación* de los *estudios históricos* en Francia vendrá definitivamente con la fundación en 1929, en la ciudad de Estrasburgo, de la revista *Les Annales d'histoire économique et sociale*, bajo la dirección de los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch, quienes emprenden un proyecto histórico de gran magnitud, siendo uno de sus objetivos fundamentales poner término al monopolio de la especialidad, promoviendo la plena integración a la historia de las ciencias sociales. Así se irá produciendo un cambio sustantivo en lo que Leroy-Ladurie ha llamado, *el territorio del historiador*⁸.

Volume IV, Paris: Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul Paris, 1983, pp. 393-507.

⁶ Charles Vincent, Langlois; Charles Seignobos. *Introducción a los Estudios Históricos*. Madrid: Daniel Jorro (editor), Biblioteca científico-filosófica, 1913. Existe también otra traducción española, *Introducción a los Estudios Históricos*. Buenos Aires: Editorial la Pléyade, 1972.

⁷ Guy Bourdé; Hervé Martin. *Les écoles historiques*. Paris: Seuil, "Collection Points/histoire", 1983, pp. 144-150. Cf. Jean-Maurice Biziere; Pierre Vayssière, *Histoire et Historiens. Antiquité, Moyen Âge, France Moderne et contemporaine*. Paris: Hachette Supérieur, 1995, pp. 152-178.

⁸ Emmanuel Leroy-Ladurie. *Le territoire de l'historien*. Paris: Gallimard, "Collection Tel", Deuxième édition, 1985. Nosotros compartimos el juicio del historiador mexicano Carlos Aguirre, en el sentido de que hablar hoy día de los *Annales* "equivale a hablar de la más importante tendencia historiográfica francesa desarrollada durante el 'breve siglo veinte'

A nuestro entender, esta *renovación histórica* se puede constatar con claridad, al menos, en tres ámbitos de reflexión bien precisos. En primer término, en lo que se refiere a los *ámbitos de inteligibilidad* del saber histórico. En segundo término, en lo concerniente a las *metodologías o modos de aproximación al sujeto* por historiar. En tercer término, en lo que respecta al *estatuto mismo de la historia* como saber.

Si consideramos de cerca lo que se refiere al *contenido* del conocimiento histórico, es fácil constatar cómo *la historia* ha extendido progresivamente su mirada a zonas de la realidad generalmente olvidadas o consideradas como marginales por el *relato tradicional*. De este modo se pasa vertiginosamente de una historiografía centrada esencialmente en la historia *política (école méthodique)* a una historiografía que privilegia los factores *económicos y sociales* en la explicación y comprensión de los procesos históricos. Sin embargo, *la historia* que emerge con los *Annales*, no se conforma con permanecer circunscrita solamente al dominio de la *infraestructura*, sino que también dirige su mirada a otros *ámbitos* de la realidad humana; tal es el caso de los aspectos demográficos, psicológicos, geográficos... de la realidad histórica⁹.

Con respecto a la corriente historiográfica *Nouvelle Histoire*¹⁰, heredera

histórico que se ha desplegado entre 1914-17 y 1989, a la vez que de aquella perspectiva que, dentro de los estudios históricos de la última centuria, ha jugado durante más de tres décadas el rol de perspectiva y tendencia hegemónicas dentro de ese mismo horizonte de la ciencia histórica contemporánea". Carlos Antonio Aguirre Rojas. *La Escuela de los Annales*. Ayer, Hoy, Mañana. España: Montesinos, marzo de 1999, p. 9.

⁹ No pretendemos en el presente trabajo presentar un análisis detallado sobre la escuela de los *Annales* o el fenómeno *Nouvelle Histoire*. Nuestro objetivo apunta a mostrar cómo los importantes cambios sufridos por la investigación histórica a partir de la escuela de los *Annales* hacen necesaria una reflexión *epistemológica* sobre el *estatuto de la historia* como saber. Del mismo modo, pensamos que la historia de la historiografía es un punto de partida indispensable para una genuina reflexión de *crítica del conocimiento histórico* o, para usar la expresión de Aron inspirada en Dilthey y acogida por Henri Irénée Marrou, de una *filosofía crítica de la historia*. Por otro lado, sobre los *Annales*, existen interesantes y buenos estudios. Para esto último remitimos al excelente libro de Carlos Aguirre, que presenta una abundante bibliografía sobre esta importante corriente historiográfica. Cf. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La Escuela de los Annales*, o. c., pp. 213-234.

¹⁰ Cuando hablamos de la *Nouvelle Histoire* en este trabajo lo hacemos *formaliter* y no *materialiter*. En efecto, como es bastante conocido, en la historiografía francesa se suele llamar *Nouvelle Histoire*, con mayúscula, a la corriente histórica que corresponde a los años 1970-80 y a la tercera generación de historiadores de los *Annales*. Es cierto que la corriente histórica de los *Annales* de los primeros decenios puede eventualmente ser calificada de *histoire nouvelle*, pero en este caso nunca se utiliza la expresión en mayúscula.

directa de los *Annales*¹¹, ella ha buscado conservar el impulso renovador de su antecesora. En efecto, en un primer momento, como sus predecesores, ha centrado su atención sobre la historia económica y la historia social; posteriormente la historia de la población y la historia de las mentalidades; finalmente, ella ha intentado abarcar todos los ámbitos de la actividad humana. Así aparecen la historia de la vida privada, la historia de las mujeres, la historia de los marginales... pero también la historia del clima.

En síntesis, el gran proyecto intelectual de esta corriente historiográfica ha consistido en proponer, bajo la pretendida inspiración de Jules Michelet, considerado este último como el *profeta de la nueva historia*, una *historia total*. Como dirá Le Goff, bajo la forma de tesis, *toda forma de historia nueva es una tentativa de historia total*¹². Desgraciadamente, este esfuerzo por realizar una *historia total*, al no contar siempre con un principio de articulación histórico claro y coherente, como fue el caso, por ejemplo, de la historia *política*, para la "*école méthodique*", ha conducido lamentablemente a una cierta desarticulación del *discurso histórico*, haciendo de este último, como veremos más adelante, un saber *en migas*.

Por otro lado, el *contenido* del saber histórico no solo se ha visto afectado en cuanto a sus *ámbitos de inteligibilidad*, sino también en cuanto a sus *dimensiones de temporalidad*. Este ha sido uno de los grandes temas que ha ocupado la reflexión de los historiadores en el curso del siglo XX. ¿El objeto de la historia es el pasado humano o también es el presente? ¿El objeto de la historia es el pasado reciente o el pasado remoto? ¿La historia es conocimiento del pasado humano o ciencia de los hombres en el tiempo?

En este último punto, tanto los *Annales* como la *Nouvelle Histoire*, pretenden apartarse de la *tradición* impuesta por la historiografía positivista, al criticarle a ésta última su exclusiva atención sobre el *pasado humano* y sobre lo que Braudel ha llamado la *corta duración*. De este modo, se desarrolla una historia más bien *estructural* que pone el acento en la *larga duración*. Esto ha conducido, a pesar de las ventajas innegables que esta lógica explicativa e

¹¹ Sobre la dependencia de la *Nouvelle Histoire* con respecto a la *École des 'Annales'*, se puede consultar con provecho el artículo de Jacques Le Goff, "L' Histoire Nouvelle", en Jacques Le Goff (sous la direction), *La Nouvelle Histoire*. Bruxelles: Editions Complexe, Deuxième édition, 1988, pp. 23-75. Cf. También, Guy Bourdú; Hervé Martin, *Las Escuelas Históricas*, o. c., pp. 169-185. Cf. El excelente libro de H. Couteau-Bégarie, *Le phénomène "Nouvelle Histoire"*. Paris: Economica, 1983. Cf. Finalmente de François Dosse, *L' histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*. Paris: La Découverte, 1987.

¹² Jacques Le Goff (sous la direction), *La Nouvelle Histoire*, o. c., p. 37.

interpretativa ha aportado al discurso histórico, a importantes dificultades en el discernimiento del *tiempo* propio de intelección historiográfica.

Esto explica, en cierta medida, por qué numerosos historiadores suelen sostener, a veces bajo la forma de eslogan, que el objeto de la historia no es el *pasado humano*, sino *los hombres en el tiempo*, lo que constituye una ambigüedad conceptual que tiene importantes repercusiones en la comprensión de la naturaleza y funciones del saber histórico.

Volviendo a la consideración de la *Nouvelle Histoire*, es importante señalar que la apertura de *la historia a nuevos objetos* de intelección ha sido acompañada por la aparición de *nuevos problemas* y de *nuevas aproximaciones* en el campo de la investigación histórica¹³. Sobre este punto han escrito Jacques Le Goff y Pierre Nora, en el 'Prefacio a la obra colectiva, *Faire de l'histoire* (1974)¹⁴, "*aquello que fuerza a la historia a redefinirse, consiste primero en la toma de conciencia por parte de los historiadores del relativismo de su ciencia*". En efecto, *la historia* es ante todo "*el producto de una situación, de una historia*". Es justamente este carácter singular de una ciencia que no tiene más que un solo término para designar su objeto y para designarse a sí misma, "*que oscila entre la historia vivida y la historia construida, sufrida y fabricada*"¹⁵, lo que obliga a los historiadores que han devenido conscientes de esta relación original, a interrogarse sobre los fundamentos *epistemológicos* de su propia disciplina.

Es interesante tener en cuenta el carácter radical que tienen las afirmaciones contenidas en este texto. *La historia* es vista como "*producto de una situación*", o como una disciplina "*construida*", o incluso "*fabricada*". Aquí se encuentran *virtualmente* contenidos, los principios que harán posible la tendencia actual a una *hermeneutización* del saber histórico. Es así como ya no se dirá que en todo discurso histórico encontramos la presencia de una *interpretación* por parte del historiador, sino que se insistirá sobre el hecho que *la historia* es pura y simplemente *interpretación* o *construcción del historiador*. Por esto, no debería sorprender que algunos historiadores puedan llegar al extremo de sostener que los temas de la *objetividad* y de la *verdad* en *historia* se encuentran hoy día superados.

¹³ Cf. el excelente estudio del P. Jean-Jullien, de Santo Tomás, "Comprendre l'histoire. Réflexion épistémologique", en, *Revue Thomiste*, Toulouse, 1976, pp. 474-497.

¹⁴ Jacques Le Goff; Pierre Nora. *Faire de l'histoire*. Vol. 1, France: Gallimard. Reimpresión 1986, pp. 9-15.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 11.

Por otro lado, Jacques Le Goff y Pierre Nora ponen de relieve el hecho que la historia ha conocido, “*la agresión de las ciencias sociales donde la cuantificación es reina como la demografía y la economía*”. De este modo, *Clío* ha llegado a ser bajo la conducción de la *Nouvelle Histoire*, un auténtico “*laboratorio de experimentación de las hipótesis de estas disciplinas*”¹⁶. Señalemos desde ya, que esta última afirmación nos parece particularmente ambigua, por cuanto nunca explica con precisión en qué consiste el trabajo multidisciplinario entre la historia y las ciencias sociales. Nunca queda claro si *la historia* se hace cargo del aporte de disciplinas como la sociología y la economía desde su propia *perspectiva formal*.

Sin embargo, agregan Le Goff y Nora, “*la provocación más grave infligida a la historia tradicional*” ha sido, sin lugar a dudas, la que esboza o establece los cimientos de una nueva concepción de la *historia contemporánea*, que se establece desde las nociones de “*historia inmediata*” o de “*historia del presente*”. En síntesis, lo que se pone en causa no es otra cosa que “*la definición bien establecida de la historia como ciencia del pasado*”¹⁷. De este modo, la pregunta sobre cuál es el objeto formal de *historia* queda como una interrogante abierta, sin una solución clara. Esto, lo queramos o no, coloca a *Clío* en una situación de ambigüedad, al menos en el plano de una epistemología general. Por esto (entre otras razones), pensamos que este “*Prefacio*” puede ser considerado como un auténtico *Manifiesto* de la *Nouvelle Histoire*, al expresar con precisión los alcances y las aspiraciones intelectuales de esta corriente del pensamiento histórico contemporáneo.

De la renovación a la decepción y a la incertidumbre histórica.

“La Nouvelle Histoire” como antesala de una “histoire en miettes”

A partir de lo expuesto hasta ahora, surge una serie de interrogantes que sirve de punto de partida a la “*démarche*” propiamente epistemológica sobre la historia. En efecto, ¿es adecuado afirmar que la historia, en cuanto saber, tiene como *función* convertirse simplemente en el *lugar* de experimentación de las hipótesis de otras disciplinas por muy afines que ellas sean a *Clío*, o esto implica, lo queramos o no, ‘hipotecar’ la *identidad* epistemológica del saber

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.*, p. 12.

histórico? ¿Es el *tiempo presente* el objeto formal de la historia o dicha opción historiográfica pone en riesgo los criterios de objetividad y veracidad fundamentales para una disciplina que aspira a establecer un *optimum de vérité*? ¿Es posible definir *la historia* como un discurso que aspira a la *construcción social de la realidad histórica*?¹⁸ ¿En este caso qué ocurre con la noción de verdad histórica?

Pensamos que sobre estas cuestiones (y otras más), la *Nouvelle Histoire*, al no respetar con claridad las ‘fronteras epistemológicas’ del saber histórico, ha dejado abierta la puerta para la aparición, sobre todo en los últimos años, de todo tipo de elucubraciones sobre el *estatuto epistemológico* del conocimiento histórico. Esto queda patentado con nitidez en el revelador título de algunas obras consagradas a la *metodología* y la *enseñanza de la historia*.

Tomemos a modo de ilustración el trabajo de los historiadores J. Leduc, V. Marcos-Alvarez y J. Le Pellec, *Construire l' histoire*¹⁹. Se trata de una obra destinada no solamente a los estudiantes en historia, sino también a quienes se dedican a la enseñanza de esta disciplina²⁰. Para estos historiadores, la historia en cuanto relato, “*es siempre construcción de la historia*”²¹.

Al inicio de la obra como *Avant-propos*, los autores señalan que su libro se funda sobre la siguiente convicción: “*los que se consagran seriamente al oficio de historiador están sometidos a una tensión permanente. Tensión entre la exigencia de verdad y la conciencia que la historia que ellos escriben y enseñan es una construcción de su espíritu*”²². Seamos honestos, lo menos que se puede decir de esta afirmación es que es incoherente. En efecto, la historia como todo tipo de conocimiento se define por la verdad que es capaz de establecer, esta es una ‘ley’ general de la epistemología a la cual ninguna disciplina, ciencia o saber pueden sustraerse. Ahora bien, la verdad es siempre una adecuación entre la realidad y el entendimiento (*adequatio rei et intellectus*), lo que supone ‘ver’ o descubrir primero lo real tal como es (en el

¹⁸ La expresión *construcción social de la realidad* la tomamos de la obra de Peter Berger, Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, undécima reimpresión, 1993.

¹⁹ Jean Leduc; Violette Marcos-Alvarez; Jacqueline Le Pellec. *Construire l' histoire*. Toulouse: Bertrand-Lacoste, 1994.

²⁰ Jacqueline Le Pellec ha sido responsable de la formación de profesores de historia en los liceos de la Alianza Francesa, en diversos países, como es el caso de Chile, donde ha dictado seminarios sobre la enseñanza de esta disciplina.

²¹ *Ibíd.*, p. 5.

²² *Ibíd.*, p. 3.

caso de la historia, esta realidad se encuentra contenida *intentionaliter* en el documento histórico), realidad a la cual el entendimiento debe ajustarse o adecuarse; sin esta realidad no habría adecuación alguna, y la noción misma de verdad se evaporaría completamente. Esto justamente es todo lo contrario de lo que significa e implica la noción de *construcción* de la realidad histórica²³. Por esto no debe llevarnos a asombro que el tema de la verdad en historia esté generalmente ausente en los estudios de *metodología* y de *epistemología* que se reclaman de la *Nouvelle Histoire*. Aun más, cuando la noción de verdad aparece, muchas veces lo hace con una connotación peyorativa, asociada al *realismo ingenuo* del “positivismo” histórico.

Justamente sobre estas excesivas pretensiones, muy bien ejemplificadas por Jacques Le Goff y Pierre Nora, apuntarán los dardos de la *historiografía más reciente*, configurando un *escenario historiográfico*, como veremos más adelante, caracterizado por la sensación de *crisis epistemológica* y por un importante clima de ‘incertidumbre’. Es indudable que nadie puede contestar el inmenso aporte realizado tanto por la *l' école des 'Annales'*, como por la corriente *Nouvelle Histoire*. Sin embargo, al igual que en el caso de la *école méthodique*, ella ha desplegado sus impulsos renovadores, sobre la base de numerosas exclusiones: el evento histórico (*l' événement*), la historia política, la biografía histórica... son solamente algunos de los temas que han sido francamente postergados o desplazados a un segundo plano.

También pensamos que en la concepción histórica desarrollada por la *Nouvelle Histoire* (tendencia que de algún modo está prefigurada en el pensamiento de Lucien Febvre), ha dominado en muchos casos una concepción excesivamente *materialista* de los fenómenos y de los procesos históricos²⁴,

²³ Desgraciadamente ha llegado a ser habitual confundir la noción de *construcción del objeto* por parte del historiador, cosa que a nuestro entender es inadecuado, con la noción de *constitución del objeto*. Entre ambas afirmaciones existe un abismo epistemológico. La corriente *Nouvelle Histoire* insiste en su ‘epistemología’ sobre la noción de *construcción*. En cambio, la *crítica del conocimiento histórico* en el horizonte de un *realismo crítico*, se desarrolla sobre la noción de *constitución* del objeto del histórico a partir de las fuentes y al interior de ellas mismas. Un ejemplo de lo que estamos señalando lo encontramos en una de los autores más representativos de la *Nouvelle Histoire*, Jacques Le Goff. Cf. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós, 1991, pp. 21-142. En todo caso, el análisis propio del significado y sentido de las nociones epistemológicas de *construcción del objeto histórico* o *constitución del objeto histórico* pertenece en último término a la *crítica del conocimiento histórico*.

²⁴ Los ejemplos de Guy Bois y Michel Vovelle son más que claros al respecto. Un ejemplo contrario a los historiadores antes mencionados lo encontramos en el historiador de la Revolución Francesa, François Furet.

lo que ha llevado a reducir las dimensiones espirituales y culturales de la vida humana, a factores exclusivamente económicos. La misma noción de *civilización material*, e incluso de *cultura material*, tan querida a estos historiadores, es utilizada numerosas veces en el horizonte de lo que nosotros designamos bajo el neologismo de paradigma *ideológico-histórico*.

Un testimonio crítico importante de lo que hemos señalado es posible encontrarlo en la pluma del destacado medievalista francés Jacques Heers, quien ha denunciado la dependencia ideológica, que historiadores de la *Nouvelle Histoire* han proclamado sin ambigüedades. Por ejemplo, en su obra interpretativa *Le Moyen Age. Une Imposture*²⁵ (1992), Heers escribía: “¿Por qué disimular lo que todo el mundo podía constatar, es decir, que las clasificaciones defendidas por determinados autores respondían a la preocupación por aportar una confirmación a la teoría marxista de la ‘lucha de clases’, aplicándola de ese modo a la Edad Media occidental?”. Jacques Heers se refiere al libro de Jacques Le Goff *Civilisation de l’Occident médiéval*. Heers le reprocha a esta obra el estar “completamente impregnada de esa ideología dominante... el autor (Le Goff) no lo esconde en absoluto y habla con convicción de clases sociales; el índice de la obra es, en ese sentido, una lección escrupulosamente preparada. El capítulo consagrado a la ‘Sociedad cristiana (X-XIII siglos)’ incluye algunos apartados particularmente bien elegidos: ‘La lucha de clases en medio rural’, ‘La lucha de clases en medio urbano’, ‘La mujer en la lucha de clases’..., ‘La Iglesia y la realeza en la lucha de clases’ y ‘Herejías y lucha de clases’. Una generación de estudiantes se alimentó de esta obra”²⁶.

A partir de lo señalado se puede entender la reacción, a mediados de los años setenta, del destacado historiador y filósofo católico Henri Irénée Marrou, contra la concepción de la historia impulsada por la *Nouvelle Histoire*, expresada sobre todo en el pensamiento de uno de sus representantes más conspicuos, nos referimos al historiador Michel de Certeau.

En efecto, el historiador de *l’Antiquité tardive* constataba con pesar como la premisa fundamental de la *filosofía crítica de la historia* o epistemología de la historia, a saber, *la historia es inseparable del historiador*²⁷, había servido para que *la moda filosófica*, extrajese de ella “consecuencias delirantes”²⁸.

²⁵ Jacques Heers. *La Invención de la Edad Media*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori, 1995, p. 197.

²⁶ *Ibíd.*, p. 198.

²⁷ Cf. Henri Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, o. c., pp. 47-63.

²⁸ Henri Irénée Marrou. “Histoire, vérité et valeurs”, *Cahiers d’histoire*. Numéro spécial pour le 20ème anniversaire de la revue, 1976. Este artículo ha sido reproducido íntegramente

En el fondo de la crítica del historiador agustiniano se encuentra la desazón de verificar cómo la noción de *sospecha* de un modo gradual se había ido extendiendo subrepticamente al corazón mismo del conocimiento histórico, desplazando sin piedad a la noción central de verdad histórica: “Decíamos –señala Marrou–, que el historiador llega a captar, de la realidad inagotable del pasado, la parte o los aspectos que le es posible aprehender, vista la situación que le plantea su inserción en una civilización y una sociedad determinadas, y teniendo en cuenta su ecuación personal”²⁹. Sin embargo, nos recuerda Marrou, se insistirá sobre el hecho de que el ‘lugar’ en el cual el historiador elabora la historia solo le permite a este último un tipo determinado de producciones y le prohíbe otras o, lo que es igualmente grave, “se nos invita con insistencia a descubrir, detrás del ‘estamento de una ciencia’, la historia, la situación social del historiador, que resulta ser su innominado, el inconfeso, substituyendo así, a la noción helénica del error, la semítica de la mentira”³⁰. Esto es lo que Michel de Certeau ha sistematizado bajo la noción controvertida de *operación histórica* u *operación historiográfica*³¹.

Lo que Marrou vislumbra en la propuesta de Michel de Certeau, es la pretensión reduccionista de hacer de la historia pura y simplemente una *práctica*³² conducente a la producción de un *discurso*, siendo la operación final la *escritura de la historia*, y esta última en definitiva la “*responsable de caer en la distorsión, la inversión, la traición y artificios suplementarios*”³³. La

en la última edición de *De la connaissance historique*, p. 297. Hemos citado a partir de esta última obra.

²⁹ “Histoire, vérité et valeurs”, o. c, p. 297.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ “Quisiera mostrar –nos dice Certeau– que la operación histórica se refiera a la combinación de un lugar social y de prácticas ‘científicas’. Este análisis de los presupuestos de los cuales el discurso no habla permitirá precisar las leyes silenciosas que circunscriben el espacio de la operación histórica. La escritura histórica se construye en función de este espacio”, Michel, de Certeau, “L’opération historique”, en *Faire de l’histoire*, o. c., p. 20. Más adelante, el mismo autor señala que toda investigación histórica “se articula sobre un lugar de producción socio-económico, político y cultural. Ella implica un medio de elaboración que circunscriben determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría de letrados, etc. Ella se encuentra sometida, entonces, a limitaciones, ligadas a privilegios, enraizada en una particularidad. Es en función de esta plaza que métodos se instauran, que una topografía de intereses se precisa, que ‘dossiers’ y preguntas a plantear a los documentos se organizan”. *Ibid.*, p. 21. Cf. también su obra fundamental, Michel de Certeau, *L’écriture de l’histoire*. Paris: Gallimard, Bibliothèques des Histories, 1975.

³² “Histoire, vérité et valeurs”, pp. 297 y 298.

³³ *Ibid.*

respuesta de Henri Marrou, en el horizonte del realismo del conocimiento, a las tesis epistemológicas defendidas por Michel de Certeau, no se hace esperar, “*por mucho que uno se limite durante largo tiempo a analizar la ‘praxis’ del historiador, las condiciones de la ‘producción’ de la historia, no se consigue tampoco rendir cuentas de su ‘referencia a lo real’, ‘de la relación con lo real’ que se convierte en ‘una relación entre los términos de una operación’.* Hay una palabra que nuestros autores procuran evitar cuidadosamente o no emplean sino es con infinitas precauciones, y es la de la verdad”³⁴.

Henri Marrou tiene clara conciencia de que no se puede fundar una auténtica epistemología, sin importar de qué saber en particular estemos hablando, si se hace abstracción de su finalidad fundamental, que no puede ser otra que la búsqueda de la verdad. Aun más, “*el hecho de que en historia ésta (la verdad) sea siempre parcial, fragmentaria, y esté sometida a imperiosos condicionamientos, no impide que, como cualquier otro conocimiento científico, alcance su objetivo –un conocimiento verdadero de la realidad pasada*”³⁵. ¡No se puede expresar mejor en qué consiste la tarea esencial del oficio de historiador!

Por esta razón nos parece que sería una gran ingenuidad intelectual desconocer que los postulados epistemológicos acerca de la *estructura* del saber histórico sostenidos por los ‘iconos’ más representativos de la *Nouvelle Histoire* han contribuido, *en acto ejercido*, a una importante dosis de *escepticismo* y *relativismo*, sobre lo que *la historia* puede aportar realmente al conocimiento de la *condición existencial* de la persona humana, en cuanto ser histórico y cultural ¿Qué es lo que pertenece formalmente a la historia? ¿Existe un territorio propio de la historia y del historiador? ¿O la historia está condenada a desintegrarse ante la expansión arrolladora de las ciencias sociales?

Una de las preocupaciones más apremiante lo constituye la cuestión de lo que se ha llamado el *desmigajamiento* de la historia. En 1987, François Dosse publicaba un bello libro con un título particularmente incisivo: *L’histoire en miettes*³⁶. Se trata de un notable estudio sobre la historiografía francesa contemporánea, que destaca sobre todo por su claridad y profundidad. En esta obra, Dosse denunciaba, entre otras cosas, las grandes limitaciones de la *Nouvelle Histoire*, llamando la atención sobre la importante *crisis* que se venía perfilando en el campo histórico francés, al menos, desde fines de los años setenta.

³⁴ *Ibíd.*, p. 298.

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ Cf. en general, François Dosse, *L’histoire en miettes*, o. c.

Uno de los signos inequívocos de esta *crisis*, es posible encontrarlo en la desconfianza actual frente al proyecto *historiográfico-metodológico*, desarrollado por Fernand Braudel, cuya síntesis es posible encontrar en su obra *Écrits sur l'histoire*³⁷. Para Braudel, *la historia* estaba llamada a convertirse en una especie de “súper” disciplina rectora y unificadora³⁸ (*scientia reatrix*) de todas las demás *ciencias sociales* que convergen en la comprensión del fenómeno humano (sociología, antropología, economía, demografía...), a través de la noción de *temporalidad histórica*. Esta aspiración se encuentra hoy día muy

³⁷ Cf. Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*. Paris: Champs Flammarion, N° 23, 1969. Sobre todo la *segunda parte: L' Histoire et les Autres Sciences de l' Homme*, pp. 41-235. Cf. también Fernand Braudel, *Écrits sur l' Histoire II*. Paris: Champs Flammarion, N° 304, 1994, pp. 9-29.

³⁸ Recordemos que la función de *scientia reatrix* solamente le corresponde a la metafísica, en cuanto ella es la única ciencia que, siendo al mismo tiempo sabiduría, es el supremo saber en el orden racional. Ella es a un título eminente *ciencia de la verdad*, como nos recuerda Santo Tomás de Aquino, “*ipsa est maxime scientia veritatis*” (*In Metaphysicam Aristotelis*, Lib. II, Lect. 2, édition Cathala, parágrafo 297). La metafísica constituye, en efecto, el conocimiento más difícil y el más arduo para este animal racional que es el hombre, y esto, porque ella se ocupa o se dirige a aquella realidad que está más lejos de la percepción de nuestros sentidos: las causas más elevadas del ser y sus principios más universales, y por lo tanto, los más inmatereales. Justamente porque ella se ocupa de aquello que en la realidad es fundamental y absolutamente primero, a saber, el ser, una tal ciencia, es un fin en sí misma, y no está ordenada a ninguna otra disciplina en el orden racional: *sola ista maxime propter se est* (Ibíd., parágrafo 59). Y esta es la razón por la cual ella es soberanamente libre, *maxime libera* (Ibíd., parágrafo 58). Ahora bien, es propio de la sabiduría *juzgar* y *dirigir* a las demás ciencias o disciplinas científicas, en cuanto le compete juzgar los principios primeros de todo conocimiento humano y el valor de los métodos científicos, de modo que es tarea suya determinar el objeto propio de cada ciencia y clasificar las ciencias en una jerarquía según la naturaleza de cada una. Esto forma parte del patrimonio de la *philosophia perennis*; no se trata pues de un juicio antojadizo (Cf. Mariano Artigas, *Introducción a la Filosofía*. Pamplona: EUNSA, Libros de Iniciación Filosófica, segunda edición, 1990, pp. 33-40. También, Jacques Maritain, “Introduction générale à la philosophie”, en *Oeuvres Complètes*, Jacques et Raïssa Maritain, Paris: Éditions Universitaires Fribourg, Suisse, Éditions Saint-Paul Paris, 1987 pp. 109-122). Esta doctrina ha sido recordada recientemente por el papa Juan Pablo II en su Encíclica *Fides et Ratio*. De ahí pues que sea un error pensar que los principios de las ciencias son *absolutamente independientes* de la metafísica. A este respecto, resulta sorprendente constatar que Augusto Comte, que pretendía reducir a la filosofía a la simple “sistematización” de las ciencias particulares, no captara que el oficio mismo de clasificar y sistematizar las ciencias (en lo que él llama la “*synthèse objective*”) solamente es posible si la filosofía es una ciencia aparte, superior, y de la cual las otras ciencias dependen de una cierta manera. Sin la filosofía, el científico no podrá darse cuenta del lugar ni del alcance de su especialidad en el conjunto de los conocimientos humanos, no conocer adecuadamente los fundamentos de su ciencia. Por esta razón, nos parece un despropósito el confundir el carácter de *scientia reatrix* propio a la metafísica, con la física social desarrollada por Augusto Comte.

lejos de poder realizarse. Al contrario, la tendencia que se ha observado es justamente la opuesta, *la historia* se ha ido transformado en sociología histórica, antropología histórica, economía histórica o demografía histórica...

Señalemos desde ya, para evitar cualquier malentendido o interpretación tendenciosa, que no se pretende en este trabajo desconocer lo fecundo que ha resultado y resulta para la misma historia el aporte significativo de las ciencias sociales, especialmente la sociología, la economía o la demografía. Lo que queremos es llamar la atención sobre el hecho de que el diálogo interdisciplinario y la cooperación multidisciplinar, para ser fructífera, debe reposar sobre el principio epistemológico *distinguir para unir*, lo que permite evitar al mismo tiempo la tendencia a la confusión o la tendencia a la separación. Por otro lado, para ser precisos, se debe evitar confundir lo que constituye el aporte específico de la sociología como saber, y que el historiador debe integrar a su propia *perspectiva formal* (el historiador no es un sociólogo), con lo que corresponde más bien a un enfoque sociologista.

Sobre esto último, el destacado sociólogo Alain Besançon ha criticado con lucidez una cierta tendencia epistemológica inaugurada por los historiadores de la primera generación de los *Annales*, y continuada por sus discípulos de la *Nouvelle Histoire*; “*existe desgraciadamente –escribe Besançon–, una manera bastante inferior de escribir la historia, que desafortunadamente ha prosperado en nuestro país (Francia) desde la guerra (Segunda Guerra Mundial): se trata de la historia sistemática, o más bien, la historia como sistema*”³⁹. En este horizonte, los acontecimientos históricos ya no son más considerados en sí mismos o por sí mismos, ellos no provocan más *la sorpresa, el encanto o el horror*. Al contrario, los acontecimientos son considerados como “enquistados” al interior de un esquema de conjunto, generalmente el mismo, o al interior de una interpretación global a la cual los acontecimientos deben servir de justificación.

Con posterioridad a la obra de François Dosse, que ha sido un catalizador del descontento creciente contra la *Nouvelle Histoire*, las críticas se han multiplicado. Por ejemplo, se pueden mencionar los estudios de los historiadores franceses G. Thuillier y J. Tulard, *La méthode en histoire* (1986)⁴⁰; *Les écoles*

³⁹ Cf. *la Préface* al libro de M. Malia, *Comprendre la révolution russe*. Le Seuil, 1980. Citado por François Dosse, o. c., p. 256.

⁴⁰ Guy Thuillier; Jean, Tulard. *La méthode en histoire*. Paris: PUF, 1986.

historiques (1990)⁴¹; *Le métier d'historien* (1991)⁴²; o *Le marché de l'histoire* (1994)⁴³.

Estos autores parten de la premisa de que actualmente nos encontramos en una *situación de crisis del saber histórico*, crisis que estos historiadores atribuyen a la politización de la disciplina y a su excesivo compromiso con las ciencias sociales, lo que desperfila muchas veces la *perspectiva formal* del historiador. Para ellos, entre los años 1960-1980, se han visto multiplicarse las disputas entre historiadores que tenían un compromiso político (generalmente de izquierda) y los historiadores tradicionales que se mantenían fieles a sus tradiciones de objetividad, moderación y neutralidad, y que se negaban a creer que estaban en posesión de la verdad (en sentido ideológico), o que debían transformar a cualquier precio la sociedad⁴⁴.

A través de esta serie de obras, Thuillier y Tulard cuestionan la *historia ideológica* que a toda costa pretende explicar, *adoctrinar, manipular, enseñar la verdad*, particularmente en lo que se refiere a la historia económica y la historia social, demasiado influidas estas últimas por doctrinas de signo marxista o por una sociología aproximativa⁴⁵.

Otros autores que es necesario mencionar son Gérard Noiriel y Antoine Prost, quienes, en sus respectivas obras, *Sur la crise de l'histoire*⁴⁶, aparecida en 1996, y *Douze leçons sur l'histoire*⁴⁷, publicada el mismo año, es decir, casi diez años después de la obra de François Dosse, nos ofrecen una profunda y lúcida presentación del panorama historiográfico más reciente. Los análisis de Noiriel y de Prost no se circunscriben solamente al ámbito específico de la historiografía francesa, sino también incluyen otras destacadas corrientes históricas, donde también es posible constatar un clima intelectual caracterizado por la noción de *crisis epistemológica*. Noiriel menciona el caso de la historiografía *norteamericana*, a través de la obra de Peter Novick. Según este historiador, a partir de los años 80, un número cada vez mayor de historiadores ha llegado a la conclusión de que "*la historia no constituye ya una disciplina*

⁴¹ Guy Thuillier; Jean, Tulard. *Les écoles historiques*. Paris: PUF, 1990.

⁴² Guy Thuillier; Jean, Tulard. *Le métier d'historien*. Paris: PUF, 1991.

⁴³ Guy Thuillier; Jean Tulard. *Le marché de l'histoire*. Paris: PUF, 1994.

⁴⁴ Cf. *Les écoles historiques*, o. c., p. 60.

⁴⁵ *Le marché de l'histoire*, o. c., p. 110.

⁴⁶ Gérard Noiriel. *Sur la 'crisis' de l'histoire*. Paris: Éditions Belin, 1996, pp. 9-46.

⁴⁷ Antoine Prost. *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Frónesis Cátedra Universitat de València, 2001, pp. 11-65.

coherente; no sólo porque el todo sea inferior a la suma de las partes sino porque ya ni siquiera hay todo, sino solamente partes"⁴⁸.

*De la crisis de la historiografía a la epistemología de la historia.
Necesidad y relevancia de una crítica del conocimiento histórico*

En este contexto de crisis y de incertidumbre histórica sobre el *estatuto noético* del saber histórico, *la perspectiva epistemológica*, en cuanto se trata de una perspectiva *filosófica* que supone toda una *metafísica del conocimiento o realismo crítico*, adquiere plena actualidad y se hace particularmente necesaria para colocar un cierto orden en esta suerte de 'cacofonía' historiográfica.

Desgraciadamente, tanto la filosofía en general como la *filosofía de la historia* en particular, no han gozado de una gran acogida por parte de los historiadores, particularmente en Francia. ¡No debemos engañarnos! Existe una clara desconfianza por parte de los historiadores hacia todo intento de filosofía de la historia.

Consideremos de cerca algunos de estos planteamientos. Para Lucien Febvre, por ejemplo, *filosofar* constituía *el crimen capital*⁴⁹ de todo historiador. En otras palabras, los historiadores "*no tienen grandes necesidades filosóficas*"⁵⁰. En el mismo sentido, escribía posteriormente uno de los principales discípulos de Fernand Braudel, nos referimos a Pierre Chaunu, "*la epistemología es una tentación que hay que alejar resueltamente. La experiencia de los últimos años, ¿no parece probar que puede ser la solución fácil para los que gustan obsecarse en ella, señal de una búsqueda que se estanca y se esteriliza?*"⁵¹.

En este horizonte intelectual no es fácil encontrar historiadores destacados que vean la necesidad, al menos de una *filosofía crítica de la historia*, para el

⁴⁸ Peter Novick. *That Noble Dream, The 'Objectivity Questions' and the American Historical Profession*. Cambridge University Press, second edition, 1990, p. 577.

⁴⁹ Cf. "La Apologie pour l'histoire de Marc Bloch", en *Revue de Métaphysique et de Morale*, LVII, 1949.

⁵⁰ Lucien Febvre. *Combats pour l'histoire*. Paris: Armand Colin, 1995, p. 4.

⁵¹ Pierre Chaunu. *Histoire quantitative. Histoire sérielle*. Paris: Armand Colin, 1978, p. 10.

trabajo del historiador. Uno de estos raros ejemplos lo encontramos en el historiador de las mentalidades, Philippe Ariès. En efecto, Ariès ha visto en este rechazo a la filosofía de la historia una *insoportable vanidad*. Se la ignora, “*deliberadamente o se las hace a un lado con un encongimiento de hombros, como charlatanería teórica de aficionados sin competencia, ¡Insoportable vanidad del técnico que permanece encerrado dentro de su técnica, sin intentar nunca mirarla desde afuera!*”⁵².

Otro ejemplo, a contracorriente en la historiografía francesa, lo constituye el pensamiento del historiador y filósofo Henri Irénée Marrou, quien señalaba en su reacción al ‘positivismo’ histórico: “*Hay que poner fin a estos viejos reflejos y librarse del entumecimiento en que el positivismo ha tenido maniatados durante tanto tiempo a los historiadores... Nuestra tarea es pesada, agobiada por servidumbres técnicas; ella tiende a la larga a desarrollar en el que la practica una mentalidad de insecto especializado. En vez de ayudarlo a reaccionar contra esta deformación profesional, el positivismo le aliviaba la conciencia al sabio (‘yo no soy más que un historiador, no un filósofo; cultivo mi pequeña parcela, hago honradamente mi labor, sin meterme en lo que me rebasa: ne sutor ultra crepidam... Altiora ne quaesieris!’): lo que equivalía a dejar que se degradara hasta el nivel de un peón*”⁵³.

Esta desconfianza hacia el saber filosófico apunta no solamente a lo que se entiende por *ontología* de la historia, es decir, una reflexión sobre el *significado* y *sentido* últimos del *devenir histórico*, sino también se extiende al ámbito de la *epistemología* de la historia, es decir, hacia todo intento de reflexión sobre la *naturaleza* y la *validez* del conocimiento histórico. A modo de ejemplo, se puede mencionar la desaparición de la cuestión de la *verdad* como eje de la reflexión teórica sobre el saber histórico.

¿Cuáles son las razones que se podrían proponer para explicar esta actitud no solo intelectual, sino también, en muchos casos, afectiva e incluso visceral, por parte de los historiadores con respecto a la filosofía de la historia? Se trata de una cuestión compleja, que desborda con creces el marco preciso de este trabajo. Solo deseamos proponer algunas pistas de reflexión, que puedan esclarecer el debate en torno a esta cuestión.

El filósofo tomista Jacques Maritain, a mediados de los años cincuenta, planteaba el problema en los siguientes términos: “*los buenos historiadores –porque tienen la experiencia personal de las contingencias, complejidades e*

⁵² Philippe Ariès. *Le temps de l'histoire*. Paris: Éditions du Seuil, 1986, p. 216.

⁵³ Henri Irénée Marrou. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Idea Books, 1999, p. 8.

*incertidumbres del trabajo histórico— aún más, del elemento de relativa inteligibilidad implicado en la historia, sienten una natural desconfianza hacia la filosofía de la historia. Esta desconfianza natural se transforma en una aversión bastante justificada cuando se encuentran en presencia de las falsas filosofías de la historia que hemos heredado del siglo XIX”*⁵⁴.

Más recientemente, en la década de los ochenta, el más importante representante de la hermenéutica filosófica francesa, Paul Ricoeur, señalaba que la historiografía (particularmente en Francia) ha tenido la tendencia a desconfiar por tradición de la *filosofía*, a la que identifica ligeramente con la *filosofía de la historia* de estilo hegeliano. La misma actitud se puede observar con respecto a la *filosofía crítica de la historia*, heredada de Dilthey, Rickert, Simmel y Max Weber, y continuada por Raymond Aron y Henri Marrou, la cual, según Ricoeur, nunca ha sido integrada en la corriente principal de la historiografía francesa. Por esta razón, no se encuentra en las obras más acuciosas de *metodología* una reflexión sobre la *estructura epistemológica de la explicación en historia*.

Para Paul Ricoeur, el mérito de la historiografía francesa reside en la estricta adherencia al *oficio* de historiador. En este sentido, “*lo mejor que ofrece la escuela histórica francesa es la metodología de hombres de terreno. A este título, ella da tanto más que pensar al filósofo cuanto que no toma nada de él*”⁵⁵. En el caso de los *Annales*, Ricoeur señala que se trata de una *escuela*, que se caracteriza por la reflexión *metodológica*. Por esto, los ensayos más teóricos de los historiadores de esta *escuela* son tratados de *artesanos* que reflexionan sobre su *oficio*.

En las reflexiones de Ricoeur sobre *la historia* se encuentra una distinción que consideramos particularmente fecunda para la *crítica del conocimiento histórico*: una cosa es la *metodología de la historia*; otra muy distinta, la *epistemología de la historia*. Algunos autores de la *Nouvelle Histoire* tienden a confundir estos *ámbitos* de reflexión, proponiendo muchas veces *juicios* que escapan enteramente a sus esferas propias de *inteligibilidad*, al proceder en la *epistemología* del mismo modo como se procedería en la consideración *metodológica*.

Sobre esta cuestión compartimos la tesis del filósofo y teólogo suizo Georges Cottier o. p., en el sentido de que es posible distinguir dos *niveles* de

⁵⁴ Jacques Maritain. “Pour une Philosophie de l’ histoire”, en *Oeuvres Complètes*, Vol. X, Paris: Éditions Universitaires Fribourg, Éditions Saint-Paul, 1985, p. 637.

⁵⁵ Paul Ricoeur. *Temps et récit*. Tome I, Paris: Éditions du Seuil, 1983, p. 137.

epistemología de la historia claramente diferenciados. Se trata, evidentemente, de una distinción que se toma del lado del sujeto cognoscente, *ex parte subjecti*. En esta perspectiva, el primer nivel estaría constituido por los mismos historiadores que reflexionan sobre su disciplina y sobre su oficio, es decir, “*la conciencia refleja que los mismos sabios tienen de lo que ellos hacen*”⁵⁶.

El segundo nivel *epistemológico*, en cambio, estaría constituido por la reflexión de los filósofos, la que se estructura teniendo plenamente en cuenta el trabajo del historiador. En esta perspectiva, no se debe olvidar que corresponde a la filosofía, más precisamente a la metafísica en su función sapiencial de “*situar según su razón formal una disciplina (en este caso la historia), en la jerarquía del saber y de retomar, para examinarlas a un nivel de inteligibilidad propiamente filosófica, los problemas planteados por los sabios (historiadores)*”⁵⁷.

Sin embargo, si se considera *formalmente* el problema noético del *estatuto del saber histórico*, es decir, del lado del objeto, *ex parte objecti*, es preciso señalar que toda reflexión epistemológica es propiamente una reflexión de orden filosófica. Y en este caso se distingue claramente de la reflexión *metodológica* o *historiográfica*.

De todos modos, tanto la *historia de la historiografía* como la *metodología de la historia*, constituyen el *marco* de referencia indispensable para una reflexión sobre el *estatuto epistemológico de la historia*. En efecto, el examen atento de los diferentes *discursos del método histórico* y de las diferentes *formas de escritura de la historia* permite al teórico de la historia, sea este historiador o filósofo, ejercer su *reflexión* en el mismo *taller de la historia*⁵⁸. Es justamente en este “taller” (donde la teoría y práctica de los historiadores se funden en este arte narrativo, que es al mismo tiempo un discurso explicativo e interpretativo que llamamos historia) donde aparecen con claridad los problemas esenciales que articulan el contenido propio de una sana crítica del conocimiento histórico.

⁵⁶ Georges, Cottier, o. p. *Histoire et connaissance de Dieu*. Suisse: Éditions Universitaires Fribourg, 1993, p. 116.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ Tomamos la expresión del interesante libro de François Furet, *L'atelier de l'histoire*. Paris: Champs Flammarion, N° 202, Deuxième édition, 1997.

A partir de lo señalado hasta ahora, pensamos que la *filosofía crítica de la historia* o *epistemología de la historia* se debe constituir según un doble movimiento teórico. Por un lado, un movimiento que podríamos llamar *descendente*, es decir, que va de la *metafísica del conocimiento* y de la *epistemología general* a la *crítica del conocimiento histórico*. Por otro lado, un movimiento que podemos llamar *ascendente*, es decir, que va de la *teoría y práctica* de los historiadores, es decir, de la *historia de la historiografía* y de la *metodología de la historia* a la *crítica del conocimiento histórico*. Estamos convencidos de que una consideración *integral* y, por ende, provechosa sobre las cuestiones de *epistemología de la historia* no puede prescindir de ninguna de las dos *démarches* antes mencionadas.

Es justamente a partir de esta doble *démarche* que una justa *crítica del conocimiento histórico* es capaz de responder a las cuestiones fundamentales que le dan significado y sentido a la reflexión propiamente epistemológica en torno al *estatuto* del saber histórico: *¿Qué es la historia? ¿Es una ciencia o un tipo inteligible sobre el pasado humano? ¿Cuál es el objeto formal de la historia, el acaecer o lo acaecido? ¿Es posible alcanzar la verdad en este campo de inteligibilidad o el saber histórico se reduce a la formulación y refutación de hipótesis? ¿En qué consiste el trabajo del historiador? ¿Cuál es la naturaleza y la función epistemológica del documento o fuente?* Como se observa, se trata de cuestiones fundamentales que un historiador no puede eludir, si no quiere 'hipotecar' la objetividad o los límites de la objetividad de su propio saber. En esto reside, en último término, tanto la necesidad como la relevancia de la *epistemología* o *filosofía crítica de la historia*.